

*S. J. Diego Barros Arana.*

**ANUARIO**

DE LA

**UNIVERSIDAD CATÓLICA**

DE

**SANTIAGO DE CHILE**

**TOMO PRIMERO**

BIBLIOTECA NACIONAL  
BIBLIOTECA AMERICANA  
"DIEGO BARROS ARANA"

**DESDE 1888 HASTA 1897**

**SANTIAGO DE CHILE  
IMPRENTA CERVANTES**

BANDERA, 50

1903

## DISCURSO

DE DON ABDÓN CIFUENTES

Illmo. y Rvmo. señor:

Difícilmente podríamos daros la bienvenida, por vuestro feliz regreso al seno de vuestra grey, de una manera más grata para vos y más satisfactoria para nosotros que con esta sencilla fiesta, destinada á premiar el mérito distinguido y á ser por lo mismo, en este establecimiento, el día más dulce, el día de las recompensas.

Ella significa que nos encontráis á vuestra vuelta cultivando la semilla que sembrasteis. Fieles ejecutores de vuestros elevados propósitos, nos encontráis labrando el campo que nos designasteis, trabajando en la magna obra que acometisteis, en un día de feliz inspiración, para mayor gloria de Dios, es cierto, mas, por ello mismo será también para la mayor gloria vuestra.

Hace justamente un año, cuando apenas se iniciaban las tareas de esta Universidad, nos hacíais aquí mismo esta magistral declaración.

«Hoy día, nos dijisteis, no hay obra más agradable á Dios ni más meritoria para vuestras almas que ésta». Así os manifestabais profundo conocedor de las necesidades de nuestra época.

En efecto, señores, una de las obras más insignes de la piedad cristiana es edificar templos á la Divinidad; porque, el primer deber del hombre es santificar el nombre del Señor, y el templo está precisamente destinado á la glorificación y adoración de Dios; el templo responde á la obligación que la creatura tiene de rendir culto al Creador.

Pero, más que los templos materiales valen los templos vivos del Espíritu Santo. El mejor templo de Dios es el hombre mismo. Dios quiere ante todo la perfección moral ó religiosa de sus creaturas, quiere ser adorado en espíritu y en verdad, y el culto del espíritu y del corazón es el verdadero templo del Señor. Estos templos morales son los que se tratan de edificar en

la Universidad Católica, y por eso ella es una obra de piedad mucho más insigne que la de edificar templos materiales.

Obra nobilísima de caridad es procurar alivio y remedio á las dolencias del cuerpo; grandes bienhechores de la humanidad son los que fundan santos albergues para el infortunio y el dolor; pero, mucho más insignes bienhechores son los que procuran el remedio á las enfermedades del alma; los que proveen al hombre, por medio de una buena educación, de los preservativos necesarios contra los enemigos del alma, los que llevan la luz de la verdad á los ciegos del espíritu, los que disipan las tinieblas del error ó del vicio á los que están sentados en sombras de muerte. Las obras de preservación ó de reparación moral son tanto más necesarias y meritorias cuanto el alma es más que el cuerpo. Jesús curó muchos enfermos en lo que dura un suspiro; pero, gastó tres años y rindió la vida en enseñar su celestial doctrina.

Esta que es una verdad de todos los tiempos constituye también una de las más premiosas necesidades de nuestra época; porque nunca como ahora talvez se ha mostrado el error más audaz y altanero; nunca como ahora talvez había llegado á la negación universal ni se había sentido animado de una propaganda más febril.

Hoy el joven no sale del colegio á la vida del gran mundo para respirar una atmósfera moral pura y tranquila, sino una atmósfera envenenada por un contagio universal y permanente. No hay verdad que viva al abrigo de la paz ni camino de virtud que no sea objeto de escarnio, abismo de asechanzas y naufragios. La vida del cristianismo de hoy es la vida del marino en medio de deshecha tempestad. Necesita más que nunca de naves bien aparejadas, de faros que lo guíen, de puertos que le den abrigo.

De aquí nace que el primer deber de los católicos en esta materia sea adiestrar á la juventud para los combates de la vida moderna; robustecerla y fortificarla con una severa educación para las borrascas que le aguardan; premunirla de todas las armas que las ciencias y las letras suministran para que sepa luchar por la verdad.

El cultivo de la ciencia, el conocimiento exacto y profundo

de la verdad es una de las tareas que más eleva, engrandece y dignifican á la naturaleza humana; porque, la verdad nos acerca á Dios; porque, las obras del Altísimo son modelos de perfección y el estudio atento de cualquiera de ellas nos revela más claramente la sabiduría, el poder, la grandeza y la bondad infinitas de aquel que supo imaginar y crear las maravillas de los cielos y la tierra.

Pero, de todas las ciencias ninguna más excelsa que la que trata de Dios mismo; ninguna más necesaria que la que trata de nuestras relaciones con Él; ninguna más noble e indispensable que la que nos enseña nuestro divino origen y nuestro celestial destino: la religión que es la ciencia de la vida; porque, como dice un filósofo: en las alturas de la Divinidad habita con la verdad la vida, como en los abismos del mal habita con el error la muerte.

Y es precisamente esta ciencia de las ciencias la más olvidada, la más desconocida y la más ignorada en nuestros días. Los adversarios de nuestra santa religión y el gran mundo de los indiferentes no conocen de ella más que las caricaturas que fabrican sus más encarnizados enemigos, y la mayor parte de los mismos que se creen hijos fieles de la Iglesia, conocen de la religión el nombre apenas. Tienen una fe inconsciente y desarraigada, incapaz de defenderse á sí misma é incapaz de defenderla en los demás.

Y bien, señores, es esta ignorancia religiosa una de las causas más universales y profundas de las creces que ha tomado la impiedad y del desorden que conturba al mundo. Esforzarse por reparar aquel olvido y curar esta ignorancia, es conocer á fondo las necesidades de la época y ejecutar una obra excelsa de civilización y de vida.

Y esto es justamente lo que desea y procura la Universidad Católica.

Pero, si ella es grata para la Iglesia, debe serlo mucho más para el país que la cuenta en su seno, por ser obra de cultura intelectual, por ser obra de educación severa y esmerada, por ser obra de libertad.

La cultura intelectual es uno de los más valiosos intereses de las sociedades humanas. Ella es la vida del entendimiento

y una de las prendas más seguras del engrandecimiento de los pueblos. Un solo día de la vida de los sabios puede valer más que toda la vida de los ignorantes. Donde quiera que se ven brillar las luces del ingenio, donde quiera que florecen las artes y existe ese tesoro de gozes sublimes que proporcionan las ciencias y las letras, se reconoce y se proclama la civilización. Adquirir para la patria ese valiosísimo tesoro, ese inmenso caudal de conocimientos útiles que han acopiado las pasadas generaciones; trabajar por extender sus beneficios al mayor número de nuestros conciudadanos y por transmitirlo acrecentado á la posteridad, será siempre una empresa humanitaria y civilizadora y sobre todo eminentemente patriótica.

Pero, si es cosa hermosa la ilustración, más útil y hermosa es la virtud. Vale más el hombre de bien que el hombre instruído. Por lucido que sea en ingenio de un hombre, por muchas que sean las gracias de su entendimiento, si es falso y vicioso, no debe estimarse, como dice Petrarca, sino como un veneno enmielado, como las galas de una cortesana, la riqueza de un avaro ó la fuerza temible de un frenético. Lo que más necesita un Estado son buenos ciudadanos y éstos nolo forma la naturaleza; sólo los forma la virtud. La disolución de las costumbres, que es el sepulcro de la razón, engendra también la decadencia y ruina de las sociedades. No dependen de nosotros el talento, la fortuna ni la gloria; pero, sí depende de nosotros ser virtuosos, útiles y benéficos.

El desorden es hijo de la libertad. Todos los seres del Universo que obedecen con admirable fijeza á las leyes que los gobiernan, son autómatas; si no perturban el orden de su creación es porque no son libres. Sólo el hombre en virtud de su libertad tiene el temible poder de quebrantar las leyes del Creador. Por eso no hay sér más difícil de manejar ni que pida más destreza en el que lo gobierna, que el hombre. De ahí la necesidad y la importancia de educarlo en la edad en que es más susceptible de ser bien encaminado. Pues bien, sólo una cristiana y sabia educación es capaz de corresponder cumplidamente á las necesidades de su naturaleza y cultivar en él las virtudes que labran la felicidad de las naciones.

Diógenes buscaba con su linterna á un hombre y no lo halla-

ba. La educación cristiana ha tenido el secreto de formar á millares lo que buscaba Diógenes en vano.

Sí, señores, no es la grandeza ni aún las leyes las que nos hacen libres y felices: es la virtud, y por eso la Universidad Católica es una obra de ilustrado y eminente patriotismo.

He dicho, señores, que este establecimiento era una obra de libertad, principalmente porque ha sido fundada y está sostenida por las larguezas de la fe y de la caridad, porque es hija del libre concurso de los particulares y porque este hermoso y nuevo ejemplo de la poderosa y fecunda iniciativa de los ciudadanos hará adelantar en nuestro país el día de la verdadera libertad de enseñanza.

Abrigo la esperanza de que así suceda, para que algún día esta libertad, que envuelve el más bello privilegio de nuestra naturaleza: la libertad de las almas, deje de ser en nuestra Constitución el hermoso rótulo de un libro en blanco, una mera decoración de teatro, un rey de burlas en presencia del insensato monopolio universitario del Estado, que florece en nuestro país.

«El monopolio universitario, exclamaba Lamartine en la Cámara francesa, es un atentado contra la religión, contra la razón, contra el padre de familia, contra los hijos mismos. . . Es á la vez la opresión de la conciencia, la mentira de la enseñanza, la abdicación de la razón en manos del Estado, la causa del escepticismo, la pérdida de las almas y la extinción de la moral en la juventud.»

Es un fenómeno curioso el que presenciamos cada día en Chile como en Francia y en todos los países en que existe el monopolio universitario del Estado. Óyese en ellos como en concierto universal de protesta contra el atraso de la enseñanza, contra los pocos ó malos frutos de los planes y sistemas existentes; un concierto que reclama constantemente nuevas y urgentes reformas en los estudios. Aquí se lamenta el atraso, allá la decadencia; hoy la escasa cosecha, mañana el retroceso intelectual.

La causa verdadera y profunda del mal y de estas lamentaciones y protestas, que no se oyen en los países libres, es el funesto y torpe monopolio del estado docente. La libertad de la

enseñanza es el único medio de dar vida y levantarla de la postración en que la ha arrojado la servidumbre.

¿Quién pone en duda ya que la perfección y la abundancia nacen de la competencia y de la rivalidad de los esfuerzos individuales, y que todo monopolio es rémora y obstáculo de todo perfeccionamiento y de todo progreso? La competencia es una ley de perfección en la sociedad. Ella desarrolla la energía humana, multiplica los esfuerzos, despierta la emulación, el celo, el espíritu de sacrificio, el entusiasmo por el progreso.

Por eso es que sin la libertad, la instrucción se duerme en la rutina y queda estacionaria, lo que importa tanto como decir retrógrada. Todo el mundo tiene que marcar el paso é ir á retaguardia del Gobierno ó del cuerpo docente á quien se otorgue el monopolio. Donde éste exista, allí se verificará el estancamiento, cuando no el retroceso; al paso que la instrucción gana en amplitud y perfección, todo lo que gana en libertad y en desahogo.

Singularísimo contraste! El Estado, cuya mano helada fué siempre la más incompetente para educar la juventud; el Estado, que no puede tener el magisterio de la verdad, á quien nadie reconoce ni acepta como juez de la doctrina, es el que se arroga para sí y otorga á una sola corporación fiscal el monopolio de la enseñanza en todas las esferas y manifestaciones útiles de ella, que verdaderamente constituyen el estado civil de los ciudadanos, violando así el derecho más elemental de las familias y la condición más esencial del progreso de las letras, creando una servidumbre intelectual que no se conoció ni en los días más omnipotentes del cesarismo pagano.

Al paso que la Iglesia, con ser como es maestra de la verdad, con ser como es maestra insigne é incomparable en materia de educación, ha llevado tan lejos su respeto por la libertad de las familias y la libertad de las letras, que durante los siglos mismos en que era todopoderosa en Inglaterra, en Francia, en Italia no ha reclamado para ella ni otorgado á ningún cuerpo docente el monopolio de la enseñanza.

Para no citar más que un ejemplo, lo tomaré de la Francia misma, moderna inventora de este estanco intelectual. Sólo en Francia la Iglesia había instituído de concierto con el Esta-

do *veintiuna* Universidades: unas laicas y otras pontificias, independientes las unas de las otras y todas independientes de las innumerables corporaciones docentes de otra especie que eran libres á su vez. Sólo los jesuítas educaban gratuitamente en tiempo de Enrique IV *sesenta i cinco mil niños*. Esta libertad fué la que produjo el siglo literario de Luis XVI.

¡Singularísimo contraste que honra y enaltece á la Iglesia!

Muchas veces se ha elevado el espíritu humano hasta el esplendor del genio y á la cumbre de la gloria. Ahí están el siglo de Pericles y el siglo de Augusto, el siglo de León X y el de Luis XIV, el siglo de Cervantes y de Milton. Ninguno de ellos fué hijo del monopolio universitario del Estado; todos ellos fueron hijos de la libertad de los estudios.

Lo repito, señores; si la Universidad Católica es una obra insigne de piedad y caridad cristiana, es también obra excelsa de patriotismo. Por eso el Vicario de Cristo la aplaude y recomienda sobre todas las demás obras; por eso nuestro digno Prelado nos declara que hoy día no hay obra más agradable á Dios ni más meritoria para nuestras almas.

Ante estos testimonios ningún católico puede vacilar. Á vosotros, padres y madres de familia; á vosotros, jóvenes en cuyo especial beneficio se ha creado esta institución, á vosotros toca principalmente sostenerla, fomentarla, darle vida próspera y robusta, si queréis merecer bien de la Iglesia y de la patria.

## DISCURSO

DE DON FELIPE S. URZÚA ASTABURUAGA

Ilustrísimo y Reverendísimo señor:

Señores:

Á esta fresca y hermosa guirnalda, tejida por la mano de nuestros maestros para honrar al dignísimo Metropolitano de Santiago al regresar á la patria, mis compañeros de estudio, los jóvenes de la Universidad Católica, han querido también